

EL OBSERVADOR.

Noticias estrangeras.

TURQUIA.

La Puerta Otomana proseguía el 10 de octubre sus armamentos, y enviaba tropas a la Siria, a cuyo país amenazaba el Pacha de Sivac al frente de 8000 hombres. Ibrahim, inquieto por la presencia del Pacha que le ha cogido uno de sus destacamentos en marcha más allá de la frontera, escribió sobre ello al M-hemet, el cual ha reclamado del Sultán la retirada del Pacha de Sivac, amenazando con que se declarará independiente, si el Sultán desatiende su súplica. Esta bravata ha sido comunicada a todos los agentes de las cortes estrangeras. Generalmente se piensa que se verificará la Siria será el teatro de esta lucha decisiva. Mamik Pacha aún no ha tomado casa en Londres, porque no se sabe cuanto durará su residencia en aquella capital.

GRECIA.

El 27 de octubre reinaba la tranquilidad en aquel país, pues la oposición habiendo hecho tréguas con las violencias solo se manifestaba por la prensa y la palabra.

INGLATERRA.

Londres 1.º de noviembre. El rey ha aprobado el nombramiento de don Pedro Ortiz de Zarate en calidad de cónsul general de S. M. C. en Inglaterra. Mr. Rubens embajador del Brasil ha trabajado ayer en Foulton-Office. El conde de Moria enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en la corte de Berlín ha visitado ayer al lord Palmerston. El baron Ompteda embajador de Hannover ha tenido esta mañana una larga audiencia de S. M. El Globe dice que el discurso del lord Durham relativo a la libertad del comercio recorrerá la Francia y la Europa. Se observa con gusto en Londres el cuidado con que el gobierno portugués procura establecer su crédito sobre esta plaza. El rey de Grecia acaba de publicar una amnistía por los crímenes políticos de alta traición cometidos después de su advenimiento. Esta medida que se ha recibido con entusiasmo comprende solamente a cuatro condenados como reos, que se hallan en el caso de ser amnistiados.

Noticias del reino.

TOLEDO 9 de noviembre. Comandancia general de la provincia de Toledo. El día 31 de octubre último conguirieron una captura importante y arriesgada los beneméritos individuos de la compañía de Milicia urbana de Talavera de la Reina don Manuel de San Pedro, y don Nicolás Ferreiro. Una gavilla de salteadores recorría los pueblos de la Jara, burlando las pesquisas que se hacían en su busca, y noticiosos aquellos verdaderos patriotas, en unión con don Natalio Sánchez, también voluntario urbano de la misma villa, que se disponía a salir en su persecución una partida del regimiento provincial de Toro, se ofrecieron espontáneamente a tomar parte en la expedición. Salieron antes que la tropa, y separándose don Natalio Sánchez de sus dos compañeros para investigar por otra parte el paradero de los malvados, se encontraron el San Pedro y Ferreiro al amanecer del espereado día 31 en el pueblo del Campillo, con la noticia de que en su taberna arabanaban de entrar tres de los foragidos que buscaban. Dirigiéndose inmediatamente a ella acompañados del alcalde y un regidor, y a la voz de entregarse a Isabel II, los hacen prisioneros, sin dejarles tiempo para hacer uso de sus armas. Resulta que los aprehendidos son tres de los de más nota, llamados Pedro Muñoz, natural de la Nava de Rioalbalde, Severiano del Pino y y Rafael Suarez, de la Estrella; los cuales fueron conducidos a la real cárcel de Talavera.

Al hacer público este rasgo generoso de valor y patriotismo me complazco en presentarlo como un bello modelo de civismo, que espero ver repetido en las filas de Milicia urbana, interesadas mas que ningunas en la conservación y defensa de la pública seguridad. Toledo 7 de noviembre de 1834. Gaspar de Guico-echea.

MADRID 10 DE NOVIEMBRE.

—Ha llegado un correo de Barcelona con la noticia de que el Excmo. Sr. general Llauder ha aceptado el ministerio de la Guerra.

Si hubiera sido posible en la infancia de los pueblos la apasion de un genio tan extraordinario que abrazando todas las combinaciones futuras de una sociedad perfeccionada, hubiese logrado convencerles de que su prosperidad dependía de la absoluta y simultánea libertad de comercio entre todos

ellos, si esta absoluta libertad de comercio que, tiene su origen en los derechos naturales del hombre, hubiera podido prolongarse íntegramente hasta nuestros días, el mundo entero fuera quizá a estas horas una sola y afortunada familia, que tal vez tocaría ya los límites de la perfectibilidad humana. Ejercida empero por los primeros hombres mas bien como una necesidad, a que debían sujetarse, que como un derecho, cuyo ejercicio les importaba conservar religiosamente, continuada después por costumbre, por imitación y sujeta ya mas adelante a las envidiosas previsiones de la política entre fenicios, cartagineses y griegos, que si bien vislumbraron sus utilidades locales y pasajeras, no se fijaron en el principio que podía alcanzar para siempre su existencia; falta en fin, de su verdadero apoyo, el consentimiento generalizado de sus ventajas, llevo indolencia y casi moribunda a la presencia de un pueblo esencialmente guerrero, y ya corrompido que acabó por ahogarla entre sus brazos. La codicia y la ignorancia de los romanos abortaron las aduanas, y las naciones que los reemplazaron en la dominación, no menos codiciosas, y mucho mas bárbaras que su modelo, adoptaron un establecimiento que tan pronta y cómodamente correspondía a sus declaradas exigencias. No es nuestro animo seguir paso a paso la historia de ese establecimiento entre todos los pueblos que se apresuraron a plantearle, ni detenernos a probar los graves perjuicios que ha causado. Bastan a nuestro intento las leves indicaciones que hemos hecho.

Nació, pues, el funesto sistema de prohibiciones y restricciones, con él, como resultados indispensables, la profesión de contrabandista, la necesidad de erigir en delitos y castigar como tales actos indiferentes, y aun plausibles en el fondo, de mantener gente armada para perseguirlos; el espionaje, las delaciones, las repugnantes visitas domiciliarias, las estelas y toda la inmundicia y desórdenes que son consiguientes a ese estado de guerra perpetua entre el interés individual y la codicia inquieta y suspicaz de los que están obligados a contrariarle. De ahí la prolongación del asombroso desnivel en las riquezas entre varias naciones, y de aquí la dolorosa necesidad de conservar tan absurdo sistema en que se hallan los gobiernos de los pueblos menos adelantados que otros en todo género de industrias.

Y he aquí precisamente el tristísimo caso en que nosotros nos hallamos. Causas muy antiguas y otras muy modernas han reducido nuestras industrias a tal estado de abatimiento, comparadas con las estrangeras, que nuestro gobierno seria imprudente si renunciara en favor de los principios al sistema de restricciones, que por absurdo que aparezca mirado especulativamente, es y será por mucho tiempo indispensable. Pero no todos lo creen así; no todos han llegado a convencerse de que la exacta aplicación de un principio puede en muchas ocasiones perjudicar gravemente a la sociedad; y de ahí los clamores contra ciertas medidas que embarazan el libre y pleno ejercicio de ciertos derechos; clamores que desvirtúan la fuerza moral del gobierno, y aumentan el número y la osadía de los que infringen sus disposiciones. Sin duda alguna la libertad de emplear cada uno sus facultades en el género de industria que mas le acomode es un derecho tan sagrado, como todos los demás derechos del hombre; pero el uso de este derecho debe cesar allí donde empiece a ser perjudicial a la sociedad. Este es el gran principio a que deben estar siempre subordinados los demás, si ha de llenarse cumplidamente el verdadero objeto de las asociaciones, la felicidad del mayor número posible de los individuos que las componen. Ahora bien, si todo debe sujetarse a ese gran principio, si la prosperidad de la España exige todavía la asistencia del sistema de restricciones; si para que no sea inútil, es indispensable establecer penas contra los infractores, y mantener una fuerza armada que los persiga; desacreditar todas estas disposiciones porque se oponen a un principio, admitido demasiado latamente, ¿no seria contribuir a vulnerar los intereses del estado? Tal vez algunos no verán estas cosas tan claramente como se necesita para convencerse de su exactitud. Mas atentos a las abstracciones que halagan su imaginación que a las realidades que la afligen, no tienen presente que nuestro erario recibe ingresos de mucha importancia por derechos de aduanas; ¿se renunciará de un golpe a esos productos sin tener antes medios seguros de reemplazarlos? Por otra parte, nuestra industria salda apenas de la infancia, no puede satisfacer las exigencias de un siglo lujoso, cuya marcha dirige, digámoslo así en esta materia, una nación vecina y de continuo roce con los españoles, nación poderosa, fecunda en variedades de toda especie, ¿no hallaría su muerte en la repentina supresión de los derechos de entrada, aun suponiéndola simultánea entre todas las naciones? Incapaz de sostener la concurrencia sufriría casi instantáneamente todo el peso de la desvelación mas absoluta, y miles de familias que la abrazaron bajo las condiciones que la supresión anulaba maldecirían en su ruina la injusta ligereza del gobierno que la decretase. Pero no solamente la repentina supresión de los

derechos establecidos produciría esos graves males; producirlos tambien aunque mas lentamente la substracción a su pago, pues ademas de perjudicar al comercio de buena fe, y prolongar el desnivel de nuestra industria, inutiliza todo el dinero, y todos los hombres empleados en la cobranza de esos derechos. Preciso es, pues, que el gobierno evite cuanto le sea posible tamaños perjuicios. Pero esta obligación, hija de una triste necesidad, no le exime del deber no menos importante de ir disminuyendo por un lado los efectos de nuestra posición industrial, y de hacer por otro mas eficaces y mas llevaderas las medidas de represión indispensables por ahora; y como el resguardo sea el que mas principalmente se halla encargado de llenar estas medidas, nosotros daremos algunas ideas sobre su organización y sus funciones en nuestros números siguientes.

Comunicado.

Desde el lunes tenemos en nuestro poder este artículo que no nos ha sido posible insertar hasta hoy.

Sres. Editores del Observador: Cuando las materias son tratadas con tino y sin acrimonia, no es difícil hallar la verdad cuantos oigan o lean sin prevención, lo que digan o escriban dos que sostienen cosas distintas. En el artículo que insertaron y más ayer en su periódico está escrito con mucho juicio, y al parecer con conocimiento de causa, mas como en él no aparece el general Valdés tan ajeno como a mi modo de ver debiera aparecer, me viene a escribir este la justicia, la imparcialidad, y la amistad si se quiere. Sin que por esto se entienda trato de disminuir ni en lo mas pequeño los méritos contrarios; ni los servicios hechos por el general Quesada, desde los sucesos famosos de la Granja hasta el día.

Que el general Valdés tenía el hierro caliente, y que bastaban pocos días para amolitarlo, es una cosa que podrá no ser cierta; pero cierto es que así lo aseguran cuantos sirvieron a sus órdenes en el ejército del norte, y que tenían por su general un amor y un respeto pocas veces conseguido por los que mandan.

Sabia bien el general Valdés que la guerra de las cuatro provincias no habia de concluirse corriendo tras los facciosos; pero profundo conocedor del corazón humano, sabia tambien que en las guerras civiles es necesario herir la imaginación de los hombres; y para herirla no hay mejor medio que hacerles creer está en todas partes la fuerza que ampara a los leales, y castiga a los que no lo son. Y por este secreto, que solo encuentra el genio, consiguió el que las facciones no se aumentaran y que creyesen los pueblos tenia mas fuerzas que las que realmente tenia; pues sabido es que Valdés nunca contó mas que con tres mil soldados, para maniobrar en el campo. Que perecían soldados en las rápidas marchas que se veía obligado a hacer, claro es que perecieran, pero jamas le sorprendieron ni un centinela, ni le mataron un hombre por la espalda; y siempre que los contrarios le esperaban, eran desalojados de las breñas, únicos puntos en que entonces habitaban.

El general Valdés es demasiado hábil para ignorar que a un enemigo como el que combatía era necesario estrecharle las distancias, y para conseguirlo convenia fortificar muchos puestos. Mas ¿con qué tropas habia de guarnecerlos? Hizo a falta de estas fortificaciones lo que hace un general de gran talento, que fue formar, digámoslo así, un reduito ambulante que llevaba a todas partes, imponiendo siempre al enemigo, y dando tiempo a que el gobierno la reforzase. Conocía bien la metalísica de la guerra, y obró siempre como militar y como político.

A un enemigo que no tiene ni plazas, ni almacenes, ni hospitales, ni aun terreno que conservar, es necesario buscarle, y buscarle con incansable afán; y si las fuerzas que hay que emplear contra él son pocas, como pocas eran las que tenia Valdés, entonces la persecución ha de ser tan activa como lo fue la que empleó este general, para que los pies de pocos supliesen las combinaciones que hacen los inteligentes cuando se cuenta con muchos.

Preciso es no perder de vista que cuando el general Valdés mandó el ejército del norte fue cuando los facciosos recibieron mas auxilios de Francia; pues sabido es que en los meses de enero, febrero y marzo de este año no hubo en la frontera francesa la vigilancia que ha habido después.

El que escribe este artículo carece de los datos necesarios para escribir la gloriosa campaña hecha por el general Valdés en las provincias del norte, pues si a la vista los tuviese hablaría de ella con mas precisión y puntualidad que ahora lo hace. Verias entonces la prevision del guerrero y del hombre de estado, las dificultades sin número que tuvo que vencer y los triunfos que consiguió, a pesar de los escasos medios con que contaba. El bien publico por otra parte exige que algunas cosas se callen por ahora, y a ese bien es necesario sacrificarlo todo.

En cuanto a las dificultades que ofrece la conclusion de las guerras civiles como las de nuestras provincias del norte, estoy de acuerdo con el autor del artículo quien en su recto juicio no me negará que ninguno de los generales que han hecho allí la guerra ha contado con menos medios físicos y morales que Valdés. No físicos, porque tenia pocas fuerzas; y no morales, porque sobrepuestos ya los facciosos al terror que les causara la ocupación de Vitoria y Bilbao hacían la guerra en las aldeas y en los campos, con la decision que al principio.

Por lo demás el general Valdés no tiene la culpa de que en Zaragoza y en Pamplona escriban de él favorablemente, ni tampoco el que muchos le tengan por un gran general. El obra y calla, dejando á cada cual que forme el juicio que mas le plazca.

Sabe que ha sido calumniado alguna vez y ni una palabra ha dicho. Y acaso cuando lea estas líneas allá en las montañas de Morella donde, á pie y á la cabeza de unas cuantas compañías, persigue los facciosos y los dispersa, acaso cuando las lea, se incomodará con el que las escribe.

Conformes el articulista y yo en los deseos del triunfo de nuestras armas, él cuando escribió su artículo hacia votos que son los míos, á saber: «Que, sea por quien fuese, concluya esa guerra asoladora, oprobio del siglo en que vivimos: y que á la corona de laureles que ciñe la frente del ilustre Mina se aumenten algunas hojas mas.»

CORTES GENERALES.

ESTAMENTO DE SEÑORES PROCURADORES.

CONCLUYE LA SESION DEL DIA 11 DE NOVIEMBRE.

Presidencia del señor conde de Almodovar.

El Sr. Polo y Monge manifestó que el Estamento tanto en la discusión sobre la contestación al trono, cuanto en la que se suscitó respecto de la petición sobre los derechos fundamentales de los españoles, había consignado el nombre de Guardia Nacional, para designar los ciudadanos armados, y que además de ser este uno de los motivos que había tenido la comisión para señalarla con este título, habría llegado esto á conocimiento de todos los españoles y principalmente de aquellos que están mas interesados en el sostenimiento de nuestras actuales instituciones, y el Estamento incurria en una contradicción consigo mismo, sino sostenía ahora lo que antes había pedido.

El Sr. presidente del consejo de Ministros, reprodujo los argumentos hechos ya para la variación ó no variación del nombre, estendiéndose en apoyar el que daba el gobierno á esta fuerza, y refutando la opinión del señor Visado de que el Estamento caería en contradicción, sino sostenía lo ya decidido.

Examinó el señor Visado el reglamento de que había hecho mencion, diciendo que los vicios que en él se contenían eran tantos, que la nación le había despreciado por eso solo, que el señor presidente del consejo de Ministros había dicho que este proyecto ha sido examinado por el consejo Real, por el consejo de Ministros y por el de gobierno, que sin entrar en el exámen de las cualidades que pudiesen reunir estos consejos para decidir sobre este asunto, él creía que ninguno podía hallarse en estado de manifestar su opinión mejor que aquellos que por el continuo roce y trato con los individuos que componían esta fuerza, sabían y conocían lo que les convenía y lo que deseaban, que siendo la comisión de Milicia Urbana compuesta toda ella de gefes de dicha Milicia, le parecía se podían hallar en posición de manifestar los verdaderos deseos que tenían así como las verdaderas necesidades, y que habiendo adoptado la comisión el nombre de Guardia Nacional era porque estaba persuadida y sabía que esto agradaría mucho á cuantos la componían, y por tanto insistió en el dictámen manifestado.

El señor Polo y Monge dijo que en las discusiones que sobre la petición de derechos fundamentales se habían suscitado, el Estamento había decidido por una mayoría de 103 votos contra uno, y en su artículo 12 que *habría una Guardia Nacional*, habiendo hablado en pro y en contra de este nombre algunos señores Procuradores entre ellos el señor Vega y Rio, y el señor conde de las Navas: que la comisión había tenido muy presente este acontecimiento, cuando trató de manifestar su dictámen, respetando como debía, las pasadas decisiones para no echarlas en olvido.

Se pidió por el señor Alcalá Galiano se leyese el acta en que se hallaba aquella discusión, pues que su lectura podría ser de grande importancia.

El Sr. Arango habló también en pro del artículo según se pudo percibir.

El Sr. secretario Gonzalez dijo que creía se había ya llamado bastante tiempo la atención del Estamento sobre este punto, y que se debían también tener presente lo que él mismo había acordado para determinar lo que se debía de hacer, y que no concebía como los señores secretarios del despacho hacían una tan tenaz resistencia á una cosa, que por otra parte confesaban era de poca importancia, y que sobre los argumentos que se habían presentado, haría las observaciones que creyese oportunas; que en primer lugar nadie ha negado los servicios prestados por esta misma Milicia antiguamente, y que todo el mundo sabía coal era el objeto de ella, cuando se hallaba establecida en Badajoz y otras partes, pues que entonces dependía del poder absoluto, siendo por consiguiente su apoyo que no se proponía defender la una ni la otra denominación; pero que si observaría que cuando se iba á tomar en consideración el proyecto de ley presentado por el gobierno y que antes había reclamado el Estamento, se ponía este en contradicción con lo antes manifestado por él, sino se designaba esta fuerza con el mismo nombre con que la habían entonces calificado; que este argumento le creía bastante fuerte para decidir al Estamento y que no bastaba el decir que entonces no hubo discusión, porque la hubo efectivamente tanto sobre la palabra como sobre el artículo, y que los que ahora se opo-

nen á esta denominación, y particularmente el señor secretario de Estado votaron entonces en pró, que había además otra consideración aplicándole á este artículo, argumento que no había visto se tomase ó se señalase por ninguno de los que habían hablado sobre esta institución, este era de que el primer artículo no definía el objeto de esta Milicia, pues únicamente decía que era de institución civil, y que en todas las leyes es sabido que el primer artículo sirve para dar á conocer el objeto á que se dirige, y la idea con que se establece, para comprobar esta verdad citó el artículo 1.º del Estatuto Real, en donde se señalaban los objetos ó miras con que se habían de reunir las Cortes, que es para discutir los asuntos graves y votar las contribuciones, y así echaba de menos como había dicho, y notaba un vacío muy difícil de llenar en este primer artículo, si se había de aprobar según se hallaba redactado, por lo que concluyó manifestando que echándose de menos el objeto con que se creaba esta fuerza, era de opinión por esta consideración á que se comprenda dicho objeto en su primer artículo, sin lo cual no debe ni puede aprobarse.

El Sr. Martinez de la Rosa hizo la observación de que el aun cuando aprobó y votó en pro del artículo citado, no creía que esto pudiera comprometerle á sostener un nombre que su intención había sido no aprobar: que como entonces se pedía solo la creación de una fuerza armada que protegiese el trono y nuestras libertades, había creído que el Estamento consideraría indiferente que esta fuerza se denominase con este ó aquel nombre, pues que de lo contrario se habría opuesto con todo vigor.

El señor ministro de Hacienda como igualmente el de lo Interior manifestaron no haber estado presentes en aquella discusión.

Se leyó el acta que había pedido el señor Alcalá Galiano.

El Sr. Polo y Monge pidió se votase el artículo por partes y el Estamento, lo decidió así por 62 votos contra 59.

Se leyó en seguida la primera parte, y habiéndose pedido que esta votación fuese nominal, se verificó así, y la aprobaron los Sres.—Otazu, Rodriguez Paterna, Llano Chavarri, Sampons, Paludarias, Puig, La Riva, Rivaherrera, Villacampo, Miquel Polo, Tosquella, Medrano, Vaillo, Coton y Zuñiga, Vazquez Moscoso, Astariz, Florez, Serrano (don Ginés), Viñals, Bonell, Hubert, Martinez de la Rosa, Villamena, Gonzalez (D. Gualberto), Santafé, Falees, Ciscar (don Ramon), Bucesta, Someruelos, Moscoso de Altamira, Vega y Rio, Gargollo, Jaramillo, Alcántara Navarro, Puig, Espeleta, Valladares, Navia Osorio, Torero, Orense, Redondo, Montenegro, Cuesta, Villagarcía, Llorente, Cáceres, Crespo Rascon, Melendez, Gonzalez Perez, Lopez del Baño, Torremejía, Martí, Crespo de Tejada, Ochoa, Adanero, Romarate, Garay, San Simon, Arango y Ayala. Y la desaprobaban los Sres. Cano Manuel, Rodriguez Vera, Abargues, Belda, Lopez, Osca, Visado, Carrasco, Chacon, Clarós, Gonzalez (don Antonio), Marino, Atocha, Garcia Carrasco, Ontiveros, Domecq, Alcalá Galiano, Montes de Oca, Isturiz, Cuevas, Alcalá Zamora, Lopez de Pedrajas, Navas, Toscano, Belmonte, Caballero, Cano Manuel y Chacon, Ferrer, Pizarro, Heredia, Aranda, Serrano (don Francisco), Acuña, Diez Gonzalez, Blanco, Mantilla, Montevirgen, Miranda, Calderon de la Barca, Martell, Gándara, Dominguez, Galvey, Espinarido, La Santa, Palarea, Calderon (don Saturnino), Florez Estrada, Onís, Hats, De Pedro, Almodovar, Ciscar y Oriola, Fuster, Batron, Laborda, Ortiz de Velasco, Polo y Monge, y Rey. Y habiéndose abstenido de votar el señor Carrillo Manrique, quedando por consiguiente aprobada la primera parte del artículo por 60 votos contra 59, y uno que se abstuvo de votar.

Se pasó en seguida á la segunda parte de dicho artículo, y quedó también aprobada por 61 votos contra 46, habiéndose abstenido de votar 9 Sres. Procuradores.

El Sr. presidente manifestó que mañana se reuniría el Estamento con el objeto de proseguir esta discusión, y levantó la sesión á las cuatro.

SESION DEL DIA 12 DE NOVIEMBRE.

Se abrió á las once y cuarto, Leída el acta del día anterior, quedó aprobada.

A la comisión de poderes pasó el correspondiente al señor don Manuel Villachica, Procurador por Zamora, y juntamente documentos justificados de su aptitud legal.

Antes de pasar á la orden del día, dijo el señor presidente se iba á dar conocimiento al Estamento de una propuesta hecha por el señor secretario Gonzalez, con el objeto de que si no había dificultad, se intercalase en el primer artículo del proyecto de ley aprobado ayer. Esta proposición se redujo á la siguiente: «La milicia Urbana tiene por objeto defender la autoridad real constitucional, las leyes fundamentales de la monarquía, la independencia de la nación, y la integridad de su territorio: sostener y obedecer las leyes, y conservar y restablecer el orden y tranquilidad pública.

El señor Cuesta manifestó su parecer, el cual era de que esta proposición debía pasar al punto á la comisión de Milicia Urbana: fuele contestado por el señor presidente que esto no podría tener lugar sino después que el Estamento la hubiese tomado en consideración.

El señor secretario Gonzalez, como autor de la proposición tomó la palabra para sostenerla, dando en su apoyo las mismas razones que ayer había manifestado en la discusión del primer artículo, y que por el vacío que se notaba en él había tenido por conveniente hacer esta adición, para que se colocase en el lugar mas conveniente: que era bien sabido no había ley alguna

que no llenase este objeto, citando para comprobación de él el Estatuto Real y la ley orgánica de la Guardia Nacional francesa, y añadiendo que quería por este medio preservar á la Milicia Urbana de ser empleada en otros objetos que aquellos con que había sido creada, sin que se diga por el contrario que el artículo 26 del proyecto llena los deseos manifestados en la proposición: por lo cual creía que el Estamento debía tomarla en consideración y aprobarla.

Se preguntó si éste la tomaba efectivamente en consideración declarando que la tomaba por 62 votos contra 46.

En virtud de haber reproducido el Sr. Cuesta su parecer de que debía pasar á la comisión, se suscitó una ligera discusión declarando el señor marques de Espinardo, como individuo de ella que era inútil se pasase, pues que sus individuos la adoptaban y hubieran hecho la misma observación al proyecto de ley si hubieran creído que estaban facultados para introducir variaciones mas ó menos interesantes.

El señor presidente dijo que el reglamento daba autoridad á las comisiones para que estas hiciesen las aclaraciones, variaciones y adiciones que creyesen oportunas en los artículos de los proyectos de ley, y que lo advertía para que las comisiones lo sucesivo lo tuviesen entendido así, puesto que la de Milicia Urbana había caído en esta equivocación.

El señor secretario Gonzalez tomó la palabra y empezó manifestando su extrañeza por la oposición que se hacía para aprobar la proposición: que él por su parte la creía sencillísima, no sabía cómo los señores secretarios del despacho habían dejado de llenar este objeto, lo que sin duda habría sido por razones de conveniencia pública que á él le era imposible alcanzar, pues no se atrevía á sospechar mala intención en esto de parte de su señoría: reprodujo los argumentos de que la ley era defectuosa porque no comprendía un objeto importante, y que era la explicación de las obligaciones esenciales de la institución de esta milicia. Toda ley orgánica en la cual se fija un principio tan necesario como el que abraza el proyecto de ley, no debe carecer del objeto á que se dirige. Así es que el Estatuto Real al sentar el principio de que las Cortes se reúnan determina que su objeto debe ser la discusión y aprobación de las leyes, la votación de las contribuciones, y el conocimiento de los casos áridos y graves que el gobierno someta á su deliberación.

La ley orgánica de la guardia nacional de Francia promulgada en 1831 determina igualmente el objeto de esta institución en el artículo 1.º, y así se llena el vacío que yo noto en el proyecto del gobierno. Esta es una condición esencial de todas las leyes orgánicas, porque sería extraño que se formase una institución sin que ella comprendiese el objeto á que se dirige. Un sentimiento general y la opinión pública ha demostrado que la Milicia Urbana empuñó las armas para defender el trono de Isabel II y la libertad de la nación, y esto que es un hecho debe comprenderse en el proyecto de ley que nos ha presentado el gobierno, llenándose así este vacío, este defecto que hace defectuosas todas las leyes de esta clase.

El Sr. Medrano hizo presente que la observación hecha por el señor preopinante no era exacta, pues que no era indispensable que en el primer artículo de toda ley se declarase el objeto con que se establecía y los fines á que se dirigía, bastando solo que en toda ella estuviese comprendida esta idea para que satisficiera los deseos generales: que no obstante él no tendría dificultad en aprobar esta variación si no fuera porque las expresiones que se hallaban en la proposición, no eran bastante exactas, y parecía querían envolver otros principios que los reconocidos, habiéndose en ella de leyes fundamentales y no diciendo una palabra del Estatuto Real, única ley fundamental que él reconocía, y envolviéndose como había dicho otra idea cuyas consecuencias de adoptarla serían muy perjudiciales, y que estaba firmemente persuadido que el mismo autor de la proposición no había querido expresar, pues que en el día no se trata de constitución, y que lo que únicamente se reconoce es el Estatuto Real (murmuros en las tribunas), por consiguiente concluyó diciendo que él no tendría dificultad en adoptar la proposición á pesar de que él no la tendría dificultad en adoptar la proposición á pesar de ser una redundancia, y de que su objeto estaba desempeñado en el artículo 26 del proyecto.

El señor Gonzalez contestó que él no tenía empeño en mantener estas ó aquellas expresiones, y que al redactar la variación leída, había consultado solamente al juramento que prestan los señores Procuradores, en el cual no se dice nada del Estatuto Real, y sí de las leyes fundamentales.

El Sr. conde de las Navas: la proposición hecha por el digno compañero el señor Gonzalez, es merecedora de que el Estamento la apruebe, y las razones alegadas en contra por el señor Medrano son el mejor argumento en su favor. S. S. no atañen tener ya el fondo de la adición, sino que manifiesta ciertos escrúpulos que se hallan en su redacción, escrúpulos que se desvanecerían por medio de la discusión: reprodujo los argumentos hechos y concluyó aprobando la adición.

El Sr. presidente del consejo de ministros, dijo que no tenía inconveniente el gobierno en que se fijase de una manera absoluta el objeto de la institución de la Milicia Urbana, pero que presente ley se opondría con fuerza á que se empleasen para ello expresiones que pudiesen ser interpretadas, recordando á los españoles uno de otros épocas que el gobierno de S. M. se esforzaba en hacer olvidar: «La Milicia Urbana» pues que no quería reconocer en lo sucesivo mas que españoles que destruyeron los dictados con que se han calificado los diferentes denominaciones partidos que ha habido en nuestra desgraciada patria y que todos deben tener interés en desechar, manifestando esto con franqueza, sinceridad y buena fe con que se conduce siempre.

El Sr. Trueba tomó la palabra en pro de la proposición hecha y empezó su discurso, usando de algunas expresiones que dijo haber pronunciado el Sr. ministro: por lo cual fue interrumpido por el Sr. presidente, el que manifestó que si el señor secretario Gonzalez se hubiese creído ofendido por ellas, lo hubiera expresado así.

Dicho Sr. secretario declaró que efectivamente él no se había creído ofendido, pues de lo contrario hubiera contestado.

El Sr. Trueba—No cabe duda que el Sr. presidente del consejo ha acusado á algunos diputados de tener un orgullo pueril. (fue interrumpido por el Sr. presidente que hizo se leyese el art. 74 del reglamento, y concluida su lectura, dijo al orador que podía proseguir observando lo dispuesto en dicho artículo.)

Me es imposible responder si no hablo sobre las expresiones...

(El Sr. presidente llamó nuevamente al orden al orador.)

Renuncio la palabra, pues que no se me permite aclarar los hechos.

El Sr. Galvey expresó solamente el sentimiento que le había causado la manifestación hecha por el Sr. secretario González de que las armas de los Urbanos fuesen empleadas en otros objetos que la defensa de las leyes fundamentales, de la independencia de la nación y demás: que como comandante de dicha Milicia creía de su deber manifestar á nombre de ella, que sin necesidad de la admisión de la proposición, los individuos que la componían, sabían bien lo que habían de defender y lo que habían de atacar, y que esta era la única razón en que apoyaba su parecer para no admitir la adición.

Manifestó el Sr. González que el Sr. Galvey había padecido una equivocación en atribuirle una idea que él no había expresado.

El Estamento declaró en seguida que el punto estaba suficientemente discutido por 63 votos contra 6.

Se entabló una acalorada discusión sobre si esta proposición había de pasar á la comisión, ó si el Estamento había de resolver acto continuo sobre ella. Se declaró así, quedando desechada.

El Sr. conde de las Navas en virtud de las facultades concedidas por el art. 78 del reglamento pidió pasase á la comisión para que la examinase, y habiéndose preguntado si el Estamento acedia á esta manifestación, no lo verificó así.

El señor presidente del Consejo de Ministros subió á la tribuna, y después de un discurso en que manifestó la necesidad de establecer una ley permanente y general para reemplazo del ejército, é hizo ver las razones que tenía el gobierno para desear que la quinta del año próximo sea como la del anterior de 253 hombres, y se haga del mismo modo que aquella, presentó al Estamento un proyecto de ley acerca de la quinta que se ha de verificar para el reemplazo del ejército en el año de 1835.

El señor presidente dijo que este proyecto se imprimiría y repartiría, pasando á la comisión de guerra, y cuando ésta diese su dictamen, señalaría día para su discusión.

Se pasó luego á la orden del día, y el señor secretario Caballero leyó el artículo 2.º del proyecto de ley que dice así: «el servicio de la Milicia Urbana es obligatorio para todos los españoles ó naturalizados legalmente como tales, que cuenten un año de residencia constante en el territorio de la monarquía desde la edad de 18 á 50 años cumplidos, con tal que no tengan impedimento físico ó moral permanente, y que reúnan las calidades que esta ley prescribe. Por consiguiente, todos deben inscribirse en la matrícula y alistamiento que se formará para la Milicia del pueblo en que residan: el individuo que se sustraiga de esta obligación sin causa ni excepción legítima, incurrirá en las penas pecuniarias que fijarán los reglamentos.»

El señor secretario Belda leyó el artículo 2.º del dictamen de la comisión concebido en estos términos: «la Guardia Nacional se compondrá de todos los Milicianos Urbanos que existen en la actualidad y de los individuos que de nuevo sean alistados con arreglo á los artículos siguientes.»

El señor marques de Torrejima empezó demostrando que la existencia de estas clases de fuerzas era una consecuencia necesaria del sistema moderno de guerra, y tan propia de los gobiernos absolutos como de los libres. Demostrada su necesidad dijo que era indispensable que este servicio fuese obligatorio, pues de otro modo no podría contarse con una fuerza constante y la que hubiese se hallaría muy mal distribuida. Opinó que había muy corta diferencia entre el artículo del gobierno y el de la comisión, pues ésta mas adelante expresa los que quedan dispensados de este servicio, y esto indica que los demás están obligados á él. Respecto á la edad dijo que prefería la de 18 años que propone el gobierno, porque antes de esa edad los hombres son todavía endebles para el servicio militar. En cuanto á la dificultad de que se pondrán las armas en manos de personas desahucadas á nuestras instituciones, dijo que quedaba remediada con el establecimiento de los consejos de disciplina, que no admitirán á los que no deban admitirse. Y por último, que el inconveniente de la rivalidad que pueda haber entre la Milicia existente y la que se forme se remedia con poner como párrafo 2.º del artículo del proyecto, el de la comisión, diciendo por consiguiente la Milicia urbana se compondrá etc.»

El Sr. marques de Espinardo dijo que la comisión no había establecido terminantemente la obligación, porque creía que no se podía fijar por ahora un principio estable; y en cuanto á la edad la había fijado en 17 años, tanto porque el servicio de la Milicia urbana no exige el mismo vigor que el de campaña, cuanto porque ese año de diferencia podría ser útil para que aquellos á quienes tocara la suerte de servir en el ejército pudiesen tener ya alguna instrucción.

El Sr. ministro de lo Interior manifestó que no había diferencia esencial entre el artículo propuesto por el gobierno y el dictamen de la comisión, siendo aun mas ventajoso el proyecto del ministerio á los individuos actuales, pues conforme al artículo 31 de la comisión, los cuerpos existentes podían escluir á los individuos que carezcan de los requisitos que se exigen en la presente ley. Dijo tambien que no tenía inconveniente en que expresiones tales se dejaran para el artículo 3.º, y el 2.º se redactasen de otro modo que pudiera conciliar las opiniones de todos, á saber: «La Milicia urbana se compondrá 1.º de todos los individuos que actualmente sirven en los cuerpos que con cualquier denominación pertenezcan á ella, y 2.º de todos los individuos que deberán ser alistados por reunir las calidades que designan los artículos siguientes.»

El Sr. Visado dijo que era una equivocación el suponer que el dictamen de la comisión se podría escluir á ninguno de los individuos que actualmente sirven, pues por este artículo 2.º fue interdicta su permanencia en el servicio, y el 31 solo habla del arreglo de los cuerpos como tales.

El Sr. Polo y Monge dijo que la comisión adoptaba la redacción presentada por el señor ministro, lo cual ratificaron todos sus compañeros.

El Sr. secretario Trueba leyó el artículo nuevamente redactado.

El Sr. Galvey habló en su apoyo diciendo que el único inconveniente era el de que se reuniesen en las mismas filas personas de distintas opiniones políticas; mas ese era un mal transitorio y que podrían remediar á lo menos en gran parte los consejos de disciplina; por lo que no debía considerarse como un artículo para la adopción de la ley.

El Sr. Alcalá Galiano en un enérgico discurso impugnó el

principio obligatorio en esta clase de milicia, fundándose principalmente en los riesgos que podría traer el poner las armas en manos de los desahucados al gobierno actual, y en el disgusto que necesariamente producirá en los actuales Urbanos el ver en sus filas á cierta clase de gentes.

El Sr. presidente del consejo de ministros contestó á este discurso, diciendo que la ley no debe descender á calificar las opiniones de cada individuo, sino exigir garantías seguras como son las que nacen de la propiedad.

El Sr. presidente suspendió la discusión, y citando al Estamento para continuarla mañana cerró la sesión á las tres y cuarto.

DOS LIBERALES, Ó LO QUE ES ENTENDERSE.

Primer artículo.

Entre las personas que me hacen demasiado favor, sin duda, en ocuparse de los articulejos que he solido dar á luz durante mi corta existencia periodística, algunos hay que me dirigen diariamente amistosas reconvencciones sobre lo perezoso que se ha hecho mi pluma de algun tiempo á esta parte. Esto es lo que llamaría yo de buena gana, no saber de la misa la media, si no temiese ofender á los que con su aprecio me honran y distinguen: no entraté en aclaraciones acerca del particular, porque acaso no me bastara el querer satisfacerlas: solo les diré que llamarme perezoso equivale á reconvenir á un cojo de ambas piernas, porque no ande. Si esto no basta, ya no sé que decir. ¡Ojalá no sobre! Les podré añadir que por una rara combinación de circunstancias que mis lectores no entenderán, y que yo entiendo demasiado, nunca escribo yo mas artículos que cuando ellos no ven ninguno, de suerte que en vez de decir *Figaro no ha escrito este mes*, fuera mas arrimado á la verdad decir, el mes en que no hubiesen visto un solo *Figaro* al pie de un artículo, ¡cuánto habrá escrito *Figaro* en este mes! Parece la cosa digna de explicación; pero amigo lector, como de esas cosas suceden que no se explican, y como de esas cosas se explicarian que no se entendieran.

Sentadas estas bases, baste por toda satisfacción saber que tengo un criado montañés, que á fuer de quererme, se toma conmigo raras libertades: lo mismo es ver que he escrito como cosa de un cuarto de hora, que es todo lo mas que el me permite, porque blasona de cuidarse mucho de mi bienestar, entrase en mi cuarto gruñendo entre dientes, como criado viejo: tiende la vista descortesmente sobre mi papel, y mirándolo solo con un ojo, á causa de no tener otro; ¡Ola! dice: ¡Oposicioneita! ¡Eh! ¡Basta, señor, basta! y unas veces, derribando el tintero sobre el escrito, llenámelo todo de borrones; y otras, que son las mas, asiendo de un apagador, encájalo por montera sobre el candelero y apaga la luz. Yo no sé con quien diablos ha servido el tal montañés; pero él jura que esto me conviene; verdad es que me conoce, y sabe que si no me fueran á la mano estaria escribiendo todavía, porque como él dice, la materia no es corta, y la intencion no es buena. El montañés tiene ascendiente sobre mí, sin que yo lo pueda remediar; por consiguiente no hay echarle de casa: conténtome, pues, con decir, cada vez que me corta el hilo de mis eternos discursos.

Dios le dé salud,
Dios le dé salud,
á aquel montañés
que apagó la luz.

Cantaba yo por lo bajo este refrán (porque por lo alto no me atrevo á cantar) esta mañana misma, contemplando con las lágrimas en los ojos y á oscuras, el estrago que habia hecho en mi bufete la última visita de mi montañés, cuando vuelve éste á entrar con el correo en la mano: es de advertir que yo llamo correo á toda carta que recibo, por la simple razón de que segun está en el día el servicio de correos, resulta ser igual enviar una carta por la balija pública ó llevarla uno mismo; entró pues con mi correo de Madrid, y entré algunas apuntaciones que me envían mis correspondientes, las cuales así me guardaré yo de publicarlas, como se guardaría el censor de permitir las, encuéntrame con dos cartas evidentemente de liberales, puesto que cada uno trae su hoja de servicios al márgen: ambos de buena fé, amantes ambos del bien de su país. Y como se reduzcan ellas á darme cuatro consejos que tengo bien merecidos por los muchos desmanes que he cometido en punto á escribir, y por los que pienso seguir cometiendo en cuanto pueda, trasladarélas al curioso lector, si es que ha quedado lector curioso en España; después de todo lo que se ha leído en la larga fecha que llevamos de completa libertad intelectual. (sea dicho con licencia de Dios y de la conciencia.)

Dice el uno.

Señor Figaro, gracias á Dios, impertérrito escritor que ha dado vmd. algun descanso á su pluma; no le negaré á vmd. que sus artículos me han solido hacer reír alguna vez; pero siempre tuve en medio de eso, deseos vehementes de dar á vmd. un consejo. Yo señor Figaro, soy liberal desde chiquito, así como hay otros chiquitos desde liberales; anduve en lo del año 12, asunto de grandes controversias, que salvé pues la patria de la dependencia francesa, no hay para que decirlo: que vino el rey, todo el mundo lo sabe. ¡Ojalá nadie lo supiera! y que fue luego á Melilla, eso lo sé yo y basta. Vino el año 20 y nine yo; es decir, que venimos todos. Como se manejó aquello, pues la cosa fue sonada, ya habrá llegado á oídos de V. porque le tengo por liberal de esta nueva cria. Fue el caso no habernos entendido, que á entendernos otro fallo nos cantara; pero ¿qué quiere V.? la inteligencia no fue el don de que anduvo mas pródigo el Ser Supremo: en cambio nos dió me-

moria de firme, para nuestra desdicha y voluntad, ¡la cual podemos tener todo lo mala posible. ¡Tal es el hombre! Pero si nosotros no nos entendimos parece que nos entendió Angulema y aun nos trajo y nos refundió de tal suerte, que quedamos peor parados que comedia antigua en manos de poeta moderno. ¡Y quién tuvo la culpa? La libertad de imprenta. Claro está. Y si no, lo probaré. Las naciones del norte vieron que la chispa eléctrica corria demasiado, suscitaron aquí el partido descontento y alzándose las guerrillas. Ya ve vmd. que esto es claro, ¡la libertad de imprenta!

Dieron dinero y auxilios, y la facción creció. Verdad es que la facción no sabia leer. Pero sino hubiera sido por la libertad de imprenta, la facción no hubiera crecido.

Acaloráronse los ánimos y de puro no saber leer ni escribir, no nos pusimos de acuerdo. ¡Yá ve vmd. la libertad de imprenta.

Entró Angulema y ¡quién le dió sus bayonetas? La libertad de imprenta.

Hubo desgraciadamente defección, torpeza ó mala fé en nuestro ejército, y á Cadiz con la maleta. ¡La libertad de imprenta!

Acabóse todo, publicóse el gran manifiesto impreso ¡La libertad de imprenta! y buenas noches.

Aquí entró la emigración y de la emigración el escarmiento. Ya ve vmd., pues, si unido de esta suerte á esta causa, puedo yo no ser liberal de veras.

Hoy es, y esta es la primera vez que hemos venido los emigrados sin venir ningún año particular. Nacimos el año 12. Nos fuimos con el 14, volvimos con el 20, y escapamos con el 23. Ahora nos hemos venido sin fecha: como ratones arrojados de la despensa por el gato, hemos ido asomando el hocico poco á poco, los mas atrevidos antes, los mas desconfiados después, hasta que hemos visto que el campo es nuestro.

No comprendiendo nosotros mismos nuestra venida, á cada paso creemos ver de nuevo el gato.

Ahora bien, nuestro gato es la anarquía, porque el otro que habia en la casa se escaldó para siempre. ¡Y le parece á vmd. justo, señor Figaro, que yo y otros como yo, que hemos tenido la gloria y la fortuna de escapar de dos fechas en contra, y de dos emigraciones, que hemos vuelto y que á causa de nuestros antecedentes y de nuestros talentos (perdoneme vmd. el galicismo, que me lo traje de Francia) nos hemos encontrado al frente de las cosas con muy buenos destinos, vayamos á incurrir en los mismos tropiezos de antes? No señor: hemos hecho *amande honorable*. El andar de prisa los jóvenes, solo tendrá por resultado atropellarnos á los viejos: por consiguiente querremos orden. Bien comprendo que quieran andar deprisa aquellos emigrados que no han encontrado destino, porque andando, ellos lo toparán. Lo mismo digo de los liberales que quedaron por aquí y de los de la nueva cria. Estos al fin pueden decir *Hos ego versículos feci, tulit alter honores*. Si no tienen otra cosa todavía, por fuerza han de tener prisa. Pero nosotros, señor Figaro, los que hemos llegado á mesa puesta....

Nosotros no tenemos mas norte que lo pasado: nosotros vemos la anarquía, exista ó no: nosotros nos hemos enmendado, volvemos de nuestros errores y evitaremos á toda costa la libertad de imprenta y toda clase de libertad; la república nos acecha, el gorro nos amenaza, la guillotina no amaga y nuestro libro consultor es el año 23, y sobre todos el 92.

He dicho todo esto porque deseando el bien para mi patria y que evitemos los escollos pasados, creo que debemos ir poco á poco, y unirnos cordialmente los que tenemos los destinos, y los que no los tienen. Entendámonos por fin de esta manera. Ya ve vmd. que soy hombre que me pongo en todo: me he puesto en mi destino y ahora me pongo en la razón.

Por lo tanto, los artículos de vmd. que tienden á una oposición directa, los artículos de vmd. que quieren poner en ridículo nuestra lentitud, solo pueden dar armas á nuestros enemigos. Aquí no hay mas divisa que Isabel II. Y en cuanto á escribir, escribir nuestros mismos defectos para que los corriamos; es disparate, porque no por eso los hemos de corregir: debe alabarse todo lo que hagamos, si quiera para no dar que reír á nuestra costa á los carlistas; y le advierto caritativamente que si persiste en el camino de esa oposición, que ha manifestado, haremos correr la voz de que todos los que hacen esa oposición nos quieren precipitar de nuevo y quieren reproducir el año 23; hasta diremos que están vendidos á D. Carlos, y no faltará quien lo crea, pues aquí para todo hay creyentes, y lo que aquí no se cree, ya es preciso que sea increíble.

Con lo cual queda de vmd. su afectísimo liberal escarmentado, y con competente destino, etc.

La siguiente carta del otro liberal para el siguiente número. = Figaro.

TRIBUNALES.

Audiencia pública del 12 de noviembre de 1834.

Continua la vista de la causa contra don Manuel Saez de Velasco y doña María del Carmen Rodríguez, acusados de conspiración.

El Sr. fiscal don Pedro Jimenez Navarro tomó la palabra y dijo:—El fiscal insiste en que se imponga á los reos la pena



que está pedida: á don Manuel Saez de Velasco la de garrote vil con los aparatos de costumbre, y á donña María del Carmen Rodríguez la de ocho años de reclusión en donde la Sala tenga á bien determinar.

Es demasiado indudable por desgracia que existe entre nosotros gran número de conspiradores; que los intentos de estos son generalizar la guerra civil, no solo con el objeto de prolongar los desastres que acarrea, sino con el de derribar á Isabel II de un trono á que es llamada por la última voluntad de su augusto padre, por las leyes fundamentales del reino, y por el voto unánime de sus pueblos, para colocar en su lugar á un pretendiente lleno de resentimientos, y rodeado de una facción sanguinaria y vengativa, la cual, no contenta con preparar los castigos ordinarios, destina todavía los calabozos, tormentos y hogueras de la inquisición no para vengar una religión que profana con su desenfreno, sino para vengar á los que á su gobierno de terror, prefieren el gobierno suave y justo de Isabel. No es de admirar que siendo don Manuel Saez de Velasco uno de estos muchos conspiradores, su causa haya excitado la atención pública, y que el resultado de ella sea hoy uno de los objetos que mas llaman esa atención. Esta expectación se hallaría mal satisfecha, si no se cumpliesen las formas arregladas á una ley que es indispensable observar si ha de distinguirse la espada de la justicia del puñal del asesino. Pero al cabo ha llegado el día en que tan grave causa va á ser juzgada por un tribunal ilustrado; y por lo mismo, su resultado no parece dudoso. El defensor de Velasco ha hecho cuanto ha podido en favor de su cliente, manifestando demasiado celo al querer negar ciertos hechos confesados por el procesado, pues no pueden admitirse pruebas contra su propia confesión; sin embargo, el buen discurso que pronunció, producido mas bien por su buen deseo que por el propio convencimiento, y en que brilló mas su ingenio que las pruebas presentadas, se destruye con solo los hechos que aparecen en la causa seguida contra don Manuel Saez de Velasco.

Bastan, digo, estos hechos para penetrarse de que Velasco es reo de alta traición en primer grado por la que ha cometido contra la persona de la Reina, así como contra el procomunal, por consiguiente no puede ser otra su pena que la de garrote vil con los aparatos imponentes sustituidos á otros castigos que ha desterrado la ilustración del siglo: así lo pide el parecer fiscal cumpliendo con la buena fe que exige su ministerio. Contra don Manuel Saez de Velasco resultan varios hechos, unos confesados y otros negados por él. Los que confiesa, son de tal importancia que ellos solos bastarían para calificarle de traidor en primer grado. Se ve por los hechos confesados que ha declarado que por el mes de octubre del año próximo pasado recibió una carta de don Joaquín Tous, que estaba al lado del pretendiente, en que le decía, que bien sabía el favor que tenía con aquel, invitándole á que fuese á Portugal, con la intención sin duda de adherirse á aquel partido, y abrirse por ese medio una carrera. Dice Velasco que por el pronto no hizo alto en la carta, pero que yendo á Toledo (unas veces dice que yendo á Toledo, y otras que yendo á dos leguas de aquella Ciudad) encontró á un tal Leon Moreno, vecino de Lobos, que le debía dos mil reales, al cual se los pidió y le contestó que no los tenía allí, pero que se los pagaría si iba con él hasta dicho pueblo donde tenía fondos en su casa; que deseoso de cobrar, fue con efecto á casa de Moreno, y entonces se acordó de la carta, que había tenido de Tous, la que manifestada al referido Moreno é instado por este, accedió al fin á ir á Portugal; que al entrar en este reino, encontraron unos oficiales dispersos que habían pertenecido á una partida, y que viendo aquel desorden, estuvo por volverse; pero siguió con todo adelante, fue á Villarreal, vió al pretendiente, le recibió bien, y le hizo muchas preguntas. Que á los dos ó tres días presentada nuevamente por Tous al pretendiente, le dió este una orden para levantar partidas de valientes españoles que sostuviesen sus derechos, autorizándole para todo lo demás que fuese necesario al logro de tal empresa. Que no solo le dió esta orden, sino tambien le mandó dar 500 rs., pues aunque no le dieron tanta cantidad confiesa que así se mandó, y que recibió solo 350 que le entregaron de los fondos pertenecientes á la princesa de la Beira. Sigue confesando que con ese dinero y esa autorización vino á Madrid, acompañado del mismo Leon Moreno, y de un tal Casaus (que en mi concepto es un ente imaginario, á pesar de que Velasco dice que estando en Madrid le dió una copia del oficio que traía.) Estos hechos confesados por Velasco suponen antecedentes, que ya se le indicaron en las confesiones, cargos y recargos que se le hicieron, y que produjeron indicios de que ya Velasco era un traidor antes de estos hechos; porque es menester que convengamos que sin antecedentes no daría el pretendiente su confianza y dineros, principalmente á personas sin nombradía y de tan poco valor como este hombre. Era necesario para esto que tuviese una confianza completa, de donde puede suponerse que Velasco era ya un partidario antes de ir á Portugal, y tal vez perteneciese á alguna de las gavillas ya formadas; pues

de otro modo y si por sola la presentación se hubiese juzgado obtener de tal manera estas donaciones, muchos hubieran sido los que se hubiesen presentado al pretendiente, y hasta desafectos á él, para sacarle dinero. Confianza é interés no se dan sin que se sepa á quien. Pero prescindiendo de estas conjeturas, á que no se debe recurrir habiendo como hay datos tan positivos; ateniéndose únicamente á lo que don Manuel Saez de Velasco confiesa, tenemos como hechos positivos los que acabo de referir; hechos de tanta importancia, que como verá la sala cuando se llegue á su calificación; son bastantes para considerar á Velasco como traidor en primer grado. Mas no tan solo tiene contra sí estos hechos confesados, sino otros muchos que ha negado en vano porque hay de ellos una justificación completa. Tales son la delegación que hizo en Estefani de la comisión que traía del pretendiente; tales son que concurrió á los clubs que tenían lugar en casa de Santisteban para concertar el mejor medio de lograr sus fines; las cartas que confiesa haber recibido en Portugal para echarlas en España en el correo, y que sin duda no trajo con ese objeto, sino para entregarlas á las personas á quienes iban dirigidas; el haber adquirido caballo por sí ó por medio de sus hermanos; y el haberse provisto de botas y de espuelas, lo que quiere decir que se preparaba á salir para formar una facción. Estos son los hechos que ha negado don Manuel Saez de Velasco, pero que ha negado en valde. En la causa existe la delegación original que hizo en Estefani, la cual no ha sido traída á ella por un denunciante sospechoso, sino que ha sido cogida por sorpresa al mismo delegado, y no encima de la mesa en donde se dejaban los papeles, que nada importa que se vean, no en los cajones de su mesa donde se guardan otros que no se necesitan que estén tan á la mano, sino escondida debajo de la estera, donde se ocultan papeles en que hay delito, y que se quieren sustraer del examen de la justicia. En esa delegación, como original, viene la firma de Velasco, firma que tambien ha negado en valde porque no cabe duda en que es de él, pues están contestes cinco revisores que la han cotejado con otras del mismo Velasco, ya de cartas suyas, ya del billete que dió al salvaguardia Gomez, y ya de otros papeles, en que todas estas firmas son hechas por la misma persona. Verdad es que tres de los cinco revisores dijeron que en la firma de la delegación observaban algun mayor asiento de pluma y mayor afinamiento de gruesos y delgados, mas añaden los mismos que esta diferencia no es esencial ni indica otra cosa sino que cuando la hizo se hallaría en mejor postura y tendría pluma mejor cortada. Y no hay duda que debió ser así; porque como verá la sala, Velasco puso esta firma en casa de Estefani donde tendía mejor tintero y pluma que cuando escribía las otras ante el salvaguardia Gomez, en cuyo caso debía hallarse mas alterado, y tener como en un calabozo peores útiles para escribir. Se ha dicho en defensa de Velasco que el juicio de los peritos no constituye prueba. El fiscal conviene en eso: el fiscal no cree que su ministerio le permita jamás presentar como prueba lo que no lo es; pero ese sería argumento poderoso sino hubiese otras pruebas. Mas á cuántas no sirve de auxilio este juicio de los revisores en primer lugar, por ese instrumento se delega la autorización que el mismo Velasco dió traer de Portugal; qué cosa mas conforme que el que confiesa que tiene esta autorización sea el que la delega, y cuando se encuentra la delegación por el mismo que ha confesado? Lo que en otros casos no sería suficiente, lo es en este, en que el reconocimiento de la firma se halla acompañado de la confesión del que tenía la autorización; ni aun necesitaba recurrirse á ese juicio, pues que hay testigos que deponen de que dicha delegación es conforme, y testigos á quienes no se puede poner tacha ninguna, pues por el contrario, uno de ellos es el mismo correo Gonzalez Estefani. ¿Qué es lo que dice este en una de sus declaraciones, de que leeré un resumen á la Sala para no cansarla? Dice que en un tiempo que no puede fijar, pero que le parecía que era desde 1.º hasta mediados de marzo, se presentó en su casa don Andrés Bustamante (sábese que este Bustamante se halla procesado como comandante de la caballería de una partida que se estaba formando en Madrid, y de que probablemente sería el gefe Velasco.) Se presentó, dice, á noticiarle que había llegado un comisionado de Portugal, y que al anocheecer estaría en su casa. Es claro que Bustamante no había de dar semejante paso con Estefani sin tener con él relaciones anteriores de esta especie, ni sin que antes se hubiese manifestado Velasco con aquel, y le hubiese dicho: «vengo de Portugal y traigo esta autorización». Que con efecto al anocheecer fue á casa de Santisteban, y encontró reunidos á este, á Collantes y á Lavandero, y que en presencia de los dos manifestó su credencial, la que se cotejó con otra que había traído Serradilla, y se halló conforme: vista la confrontación, y conociendo ser verdad, pasaron á tratar de los negocios del pretendiente y del mejor modo de conseguir sus fines; y añade Estefani que segun manifestación de Velasco, había éste traído cartas para cuatro embajadores, para algunos consejeros, y para otras personas. Esta fue

confesión suya hecha en casa de Estefani. Aquí tenemos una declaración que manifiesta que cuando Velasco vino á Madrid trató de amalgamarse con todos los que estaban en su mismo sentido. No solo esto, sino que trató de delegar su autorización en Estefani, dice este en su declaración que á los dos ó tres días le envió por medio de Collantes una copia de la autorización referida, y que dos ó tres días después, hallándose por casualidad con Velasco en casa del mismo Santisteban, le entregó el borrador del oficio de delegación, diciendo que se tenía que marchar, y al otro día ó á los tres días se presentó en casa del mismo Estefani, y lo firmó.

Aquí tenemos un testigo presencial que es el mismo delegado que nos asegura todos estos hechos, y no es este solo, hay otro tambien, conteste en ellos, que es D. Matías Pereda Santisteban. Ayer oyó la sala citar á Santisteban como un testigo que destruía lo que había dicho Estefani, y se dijo que destruyendo el uno lo que el otro declaraba, ninguno de los dos hacía fe; pero hoy verá la sala que en vez de ser dos testigos que se destruyen, son dos que convienen entre sí, y hacen por tanto prueba completa. En el careo entre Estefani y Santisteban se hizo presente á este todo lo que aquel declaraba de las ocurrencias que tuvieron lugar en su casa, de las conversaciones de la delegación, en una palabra, de todo lo acontecido; y en todo convino Santisteban, menos en dos cosas indiferentes para la cuestión principal, pero por las que se dejó de ser cierto que el club existió, y se dejó de ser cierto que concurrieron á él Estefani y Velasco, y se dejó de ser cierto que le dió la delegación, cuando están contestes dos testigos que en vez de salvarse se inculpan á sí mismos? Este es el caso justamente en que se puede dar mas crédito á la recíproca declaración de dos testigos. ¿Podrá decirse que se destruyen á sí mismos, ó se dirá por el contrario con mayor razón, que son contestes y que hacen una prueba completa? La harían, aunque así no estuviese averiguado, por las reflexiones hechas y por los antecedentes que había, para creer que se había verificado la reunión en clubs en casa de Santisteban. Con este motivo haré presente á la sala lo que se dijo ayer para negar la autorización de Velasco, á saber, que ni era dirigida á persona conocida ni se hallaba firmada ni tenía fecha. La sala ha oído que Estefani en su declaración dice que Collantes, dos ó tres días después de su reunión en casa de Santisteban, le llevó una copia de su autorización, la cual le fue sorprendida, y la cual ha sido presentada á Velasco. Esta copia tiene la fecha en Salvatierra á 3 de enero de 1834, en esta copia se saca la firma de «Yo el Rey» se designa el lugar del sello; y se ve dirigida á las iniciales M. S. D. V. y Velasco dijo que aquella era copia fiel y exacta de la autorización que el había tenido, y que no se pudo encontrar en la casa de la Doña Carmen Rodríguez, porque habiendo dejado la llave á una vecina se sustrajo sin duda ese documento. Por aquí se ve cuán sin razón se trató de sostener que era falso ese documento por faltarle tales requisitos.

(Se concluirá.)

BOLSA DE MADRID del 11 de noviembre.

A PLAZO.					TOTAL
Conjado.	Firma.	Voluntad.	Prima.		
Titulos del 4...	53	54 55 55 1/8	1	7	4,862,000
Id. del 5...		62 118 62 1/2			900,000
Inscrip. del 4...					
Id. del 5...					
Deuda ex d. 5		20 1/2			300,000
Vales no cons.	20 1/2 20 1/2	20 3/4 718 21	1		3,162,000
Deuda sin int.	11 3/8 11 5/8	11 3/4 12 1/4			

Cambios. — Londres 38 5/8 á 3/4; París 16 5/6; Alicante 3/4 b; Barcelona 4 ps. fuertes 1/4 b; Bilbao par; Cadix 1 1/4 b; Coruña 3/4 d; Granada 3/4 d; Málaga 3/4 b; Santander 1 1/2 b; Santiago 1 d; Sevilla 1/4 b; Valencia 1/2 b; Zaragoza 3/4 d. Descuento de letras á 4 por 100.

Espectáculos.

TEATRO DEL PRINCIPE. A las seis y media de la noche. Un novio para la niña, ó la casa de huéspedes, comedia en actos: baile nacional y un divertido sainete.

TEATRO DE LA CRUZ. La función se anunciará por carteles.

Parte recibida.

Hemos salido el ministerio de un verdadero Principios en general Llauro, á su valiente toda la franquicia militar.

Este periódico se suscribe en Madrid en el despacho principal del Observador, calle del Principe, num. 5 y 6, esquina á la de la Visitación, en la librería de la viuda de Cruz, frente las gradas de San Felipe de Orea calle de la Montera, y en la de Sanz calle de Carretas. En las provincias en las librerías de Piferrer, Barcelona; Hortal, Cádiz; Ferris, Valencia; Hidalgo, Sevilla; Garcia, Bilbao; Sanz, Granada; Calvo, Coruña; B. nedicto, Murcia; Rey Romero, Santiago; Blanco, Salamanca; Arribas, Burgos; Longos, Pamplona; Riego, Santander; Piz, Plasencia; Berard, Córdoba; Carrieda, Jaen; Hernandez, Toledo; Carreras, Málaga; Rodriguez, Valladolid; Yagües, Zaragoza; Riera, Reus; Pazos, Orense; Bueno, Jerez; Guiso, Palma; Fando de Corinto, Badajoz; Benedito, Cartagena; Bonaert, Girona; Luffa, Barbasiro; Longoria, Oviedo; Lopez y S. calle de la Botica, en Huelva; Alcega, don Antonio Sierra, en Manzanares, en la secretaría de ayuntamiento á cargo de don Francisco Garcia. En Cáceres, casa de don Manuel Segura; Carratala, Almería; Casanovas, Cervera; Fernandez, Leon; Corominas, Lérida; Puyol, Lugo; Angelon, Reus; Perez Rioja, Soria; Verdaguier, Tarragona; Puigrahi, Tortosa.